BOLETIN DE PROGRAMAS

Año XVI —FEBRERO DE 1957— Nº 151

Diecisiete Años

El primero de este mes cumple la Radiodifusora Nacional —hoy adscrita a la Radiotelevisora Nacional— 17 años de ininterrumpida labor cultural. En el curso del año pasado se inició la red nacional de radiodifusión con la instalación de la estación satélite de Manizales, de diez kilovatios, y en el curso de un mes comenzará a funcionar la de Tunja, de igual potencia. En el decurso de este año de 1957 se dará comienzo a los trabajos de instalación de la CENTRAL NACIONAL E INTERNACIONAL DE EMISIONES, con el montaje de un transmisor de cien kilovatios para la onda larga. Desde esta Central se originarán los programas tanto para Colombia como para el extranjero,

En esta forma se irá ampliando gradualmente, y a medida que las circunstancias lo permitan, el proyecto del gobierno nacional de descentralizar y extender a todo el país, aún en sus zonas más apartadas, la labor cultural de los servicios de radiodifusión de la Radiotelevisora Nacional.

En separata especial del BOLETIN DE PROGRAMAS, explicamos hace un año en qué consiste el proyecto de la red Nacional de Radiodifusión, sus características técnicas específicas y sus objetivos esencialmente culturales. Ahora, con motivo del 17º aniversario de la institución, queremos insistir un tanto en el aspecto de nuestra programación musical y singularmente en el criterio con que ella es elaborada.

Obras de importancia universalmente reconocida como lo son las PASIONES de Bach, las óperas de Mozart o de Wagner, LA NOVENA SINFONIA de Beethoven o EL RITO DE PRIMAVERA, de Stravinski, continuarán ausentes de las programaciones de nuestras modestas salas de concierto, no quedándole otro recurso al público que desee admirarlas y deleitarse con ellas, que acudir a su audición en discos. Si a lo enunciado se suma el apostólico desvelo con que algunas entidades y conjuntos musicales auspician el mal gusto, son muy tenues las esperanzas de poder algún día disfrutar de un ambiente musical superior al que hoy predomina entre nosotros.

Los servicios de radiodifusión de la Radiotelevisora Nacional no pretenden ni han pretendido conocer exactamente las preferencias personales de cada uno de los integrantes de su vasta o reducida audiencia. No, porque además de ser imposible la realización, así fuera a medias, de tan desmesurada pretensión, se nos ocurre que ella no sea precisamente misión que le compete cumplir a nuestra institución. Partiendo de esta premisa aclaratoria, es apenas lógico no dar mucho valimento a la opinión de un auditorio timorato que se asombra y desconcierta ante la sola mención de un compositor para él desconocido, ya que nuestra labor consiste precisamente en dar a conocer los nuevos valores del arte musical.

Es preciso, además, defender a ciertos compositores y maestros del ardoroso celo y del incontrolado empeño de sus seguidores y admiradores en vulgarizar sus obras, al paso que se hace necesario proporcionar a otros —con quienes la gloria se ha mostrado esquiva hasta hoy— la oportunidad de difundir su obra, con el fin de que ella pueda ser ampliamente conocida, juzgada y apreciada en lo que realmente vale y significa.

En esta forma entiende la Emisora Nacional su misión de difusora de la cultura musical, o sea: mantener y perpetuar en sus programas las obras de los maestros y compositores universalmente consagrados, y, al mismo tiempo, abrirle a nuestra audiencia nuevas perspectivas con la emisión de obras de autores que aún no son suficientemente conocidos, pero que merecen, por sus cualidades artísticas intrínsecas, alternar con los que ya han recibido el espaldarazo de la fama y el laurel inmarcesible de la gloria. La música moderna tiene ya sus clásicos y no cumpliría cabalmente su función esencial de irradiar cultura la institución que por temor a los prejuicios o al "qué dirá" de una crítica fosilizada, se abstenga conscientemente de darlos a conocer y de difundir su obra eminentemente valiosa y meritoria. Y, ciertamente, los servicios de radiodifusión de la Radiotelevisora Nacional no quieren subordinar su programación —que debe ser variada, matizada y equilibrada— a un criterio unilateral de cuya obstinada aplicación se derivan más perjuicios que ventajas en el complejo campo de las preferencias artísticas.